

QUINCIO.—Algunas de vuestras cabezas francesas no tienen cabello alguno, y así seríais un actor calvo. Pero, maestros, he aquí vuestros papeles; y estoy en el deber de insinuaros, requeriros y expresaros mi deseo, de ensayarlos mañana por la noche. Nos reuniremos en el bosque de palacio, una milla distante de la ciudad, y á la luz de la luna. Allí podremos hacer el ensayo; porque en la ciudad se haría conocido nuestro plan, y nos asediarían las gentes. Al mismo tiempo haré una lista de los objetos necesarios que la representación requiere: ¡ojó! y no faltéis.

BOTTOM.—Nos reuniremos, y allí podremos ensayar con mayor libertad y osadía. Daos algún trabajo; sed perfectos. Adios.

QUINCIO.—Nos encontraremos en el roble del duque.

BOTTOM.—Está dicho: cumpliremos, ocurra lo que quiera. *(Salen.)*



ACTO II

ESCENA I

Bosque cerca de Atenas

Entran una hada por una puerta y PUCK por otra.



PUCK.

ACTA adónde vagáis ahora, señor espíritu?

HADA.—Sobre la colina, sobre el llano, entre la maleza, entre los matorrales, sobre el parque, sobre el cercado, al través del agua, al través del fuego, por todas partes voy vagando más rápida que la esfera de las lunas; y sirvo á la reina de las hadas, para llenar de rocío sus verdes dominios. Las altas velloritas son sus discípulas. ¿Veis manchas en sus mantos de oro? esos son rubíes, regalos de hadas; en esas manchas viven sus perfumes; y tengo que

ir á buscar allí algunas gotas de rocío, y colgar una perla en la oreja de cada prímula. Adiós ¡oh tú, el más pesado de los espíritus! Me voy. Ya nuestra reina y todo su séquito no tardarán en llegar.

PUCK.—El rey viene á celebrar aquí sus fiestas. Cuida tú de que la reina no se presente á su vista; pues Oberón está loco de furor porque ella, para que le sirva de paje, le ha robado un hermosísimo muchacho de un rey indio. Jamás había ella tenido un pupilo tan encantador; y Oberón celoso, habría querido que el muchacho fuese un caballero de su séquito para recorrer los bosques enmarañados. Pero ella retiene por fuerza al chico, lo corona de flores, y se deleita en él. Y por eso ahora nunca se encuentran Oberón y ella, en gruta, ó pradera, ó clara fuente, alumbrada por las estrellas, sin que se que-rellen de modo que asustados todos los duendes se ocultan en los cálices de las bellotas de la encina.

HADA.—O yo equivoco enteramente vuestra forma, ó sois el astuto y maligno espíritu llamado Robin Buen-chico. ¿No sois aquel que asusta á las muchachas de aldea, espuma la leche, y á veces trabaja en el molino de mano echando á perder todo el contenido de la mantequera de la pobre mujer hacendosa, y en otras ocasiones hace que no espume la cerveza? ¿No extraviáis á los que viajan de noche y os reís del daño que sufren? Hacéis el trabajo de los que os llaman buen duende y lindo Puck, y les dais buena ventura. ¿No sois ese espíritu?

PUCK.—Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreír á Oberón; como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano, imitando el relincho de una potranca; y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un cangrejo asado; y cuando va á beber, choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más

prudente refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitial de tres pies; me escurro al punto, y cae á plomo gritando y se apodera de ella un acceso de tos. Entonces toda la concurrencia apretándose los costados se ríe y estornuda, y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre. Pero, haz campo, que aquí viene Oberón.

HADA.—Y aquí mi señora. Desearía que se hubiese ido.

ESCENA II

Entran OBERON por una puerta, con su séquito; y
TITANIA por otra con el suyo.

OBERON.—En mala hora os encuentro á la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA.—¿Y bien, celoso Oberón? Duende, aléjate de aquí. He renegado de su lecho y su sociedad.

OBERON.—Poco á poco, jactanciosa. ¿No soy tu señor?

TITANIA.—Pues entonces debería ser yo tu señora. Pero yo sé cuándo te has deslizado fuera de la tierra de las hadas, y has pasado todo el día sentado en forma de Corino el pastor, tocando flautas de tallo maíz, y cantando versos de amores á la enamorada Fílida. ¿Porqué te encuentras aquí, habiendo venido desde la más remota llanura desierta de la India? Solamente, á fe mía, porque la altiva amazona, vuestra turbulenta señora y amante guerrera, debe desposarse con Teseo, y venís á dar alegría y prosperidad á su lecho.

OBERON.—¿Cómo puedes tener la insolencia de aludir así á mi valimiento con Hipólita, cuando sabes que conozco tu amor por Teseo? ¿No eres tú quien lo guió en la estrellada noche, lejos de Perigenio, á quien había reducido? ¿Y no le hiciste

quebrantar su promesa á la hermosa Eglé, y á Ariadna y á Anliope?

TITANIA.—Todo esto es puro invento de los celos. Nunca, desde las noches de la canícula, nos hemos encontrado en colina ó llanura, en bosque ó pradera, junto al surtidor esculpido ó el arroyo fugaz, ó en la arenosa playa del mar, para bailar nuestras danzas en el viento silbador, sin que hayas venido á perturbar nuestra fiesta con tus disputas. Y por eso los vientos llamándonos en vano con su música, han absorbido, como por venganza, las nieblas contagiosas del mar; y cayendo éstas sobre la tierra, han engrandecido de tal modo los más modestos ríos, que rebosaron por encima de sus márgenes. Así es que en vano jadeaba el buey bajo su yugo, y que el labrador ha prodigado su sudor. El verde maíz se ha podrido antes de que el penacho coronase su espiga; el redil permanece vacío en el campo inundado, y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. Desierto y lleno de lodo está el sitio de las danzas con tamboriles y castañuelas; y por falta de tráfico es imposible discernir las caprichosas masas de verdura del laberinto rústico. Aquí falta á los mortales su invierno, y no hay noche alguna alegre por un himno ó una canción. La luna, que preside á las inundaciones, pálida de cólera por todo esto, inunda los aires y hace que abunden las enfermedades reumáticas; y á favor de esta perturbación vemos alteradas las estaciones. El granizo de cabeza cana cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y una guirnalda de perfumados botones se pone como por burla sobre la barba del viejo invierno y encima de su corona de hielo. La primavera, el verano, el fértil otoño, el sañudo invierno, cambian sus acostumbradas libreas, y el mundo atónito con su aumento, no sabe ahora distinguir la una de la otra. Y toda esta serie de males es engendrada por nuestra disensión. Nosotros somos sus progenitores y su manantial.

OBERÓN.—Pues entonces, remédialos; que de ti sola depende. ¿Por qué se empeñaría Titania en contradecir á su Oberón? Todo lo que pido no es más que un tierno rapazuelo para que me sirva de paje.

TITANIA.—Deja tu corazón en paz: que todo el reino de las hadas no bastaría á comprarme ese niño. Su madre era una sectaria de mi orden: y por la noche, en el aire embalsamado de la India, habló conmigo muchas veces, y se sentó á mi lado en las amarillas arenas de Neptuno, señalando las veleras naves sobre las ondas. Nos reíamos al ver las velas hincharse como si hubieran concebido bajo el caprichoso viento; y ella con agraciada ondulación las imitaba (al peso de su seno que ya atesoraba á mi joven caballero) y emprendía viajes para traerme bagatelas, y volvía aun, como de larga navegación, rica de mercancías. Pero, á fuer de mortal, sucumbió al dar á luz al niño; y yo, en amorosa memoria de ella, lo crío, y en memoria de ella no me separaré de él.

OBERÓN.—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en este bosque?

TITANIA.—Quizás hasta después del día de las bodas de Teseo. Si queréis pacientemente tomar parte en nuestra danza y ver nuestros juegos en la claridad de la luna, venid con nosotros. Si no, alejaos de mí, y yo evitaré los lugares que frecuentáis.

OBERÓN.—Dame á ese chiquillo y yo iré contigo.

TITANIA.—No, ni por todo tu reino. Vámonos, hadas: pues si me quedo más tiempo, vamos á reñir de todas veras.

(Salen Titania y séquito).

OBERÓN.—Bien, sigue tu camino; que no saldrás de esta enramada sin que yo te haya atormentado por esta ofensa. Ven aquí, mi gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y ví á una sirena sobre el dorso de un delfín entonando un aria tan dulce y melodiosa que hasta el rudo océano se apaciguó al oír su canto, y ciertas estrellas se

lanzaron desatentadas de sus esferas por gozar la música de la marina doncella?

PUCK.—Me acuerdo.

OBERÓN.—En ese mismo tiempo vi (aunque no lo podías tú) volar entre la fría luna y la tierra, á Cupido llevando sus armas. Apuntó á cierta hermosa vestal entronizada hacia el oeste, y lanzó su saeta de amor con suma destreza, como para atravesar cien mil corazones; mas se extinguió el inflamado dardo de Cupido en los húmedos rayos de la casta luna, y la imperial virgen pasó sin cuidado en solitaria y tranquila meditación (1). Observé, sin embargo, el sitio donde el proyectil de Cupido cayó hiriendo una pequeña flor de Occidente, blanca como la leche, y que á causa de la herida de amor se ha vuelto purpúrea, y á la cual las doncellas llaman «amor desconsolado.» Tráeme esa flor: ya en otra ocasión te mostré la planta. Su jugo, vertido sobre los dormidos párpados, hace que el hombre ó la mujer se enamore perdidamente de la primera criatura viva que vea. Tráeme esa yerba, y cuida de volver aquí antes que leviatán pueda haber nadado una legua.

PUCK.—Daré una vuelta completa alrededor de la tierra en cuarenta minutos. *(Sale Puck.)*

OBERÓN.—Una vez en posesión de este jugo, acercaré el momento en que Titania esté dormida, y verteré el líquido sobre sus ojos. La primera cosa que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso, ó un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible; y antes de que yo libre sus ojos de este encanto (como puedo hacerlo por medio de otra yerba), la obligaré á que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

(Entran Demetrio y Elena detrás de él.)

DEMETRIO.—No te amo. Es inútil que me persigas.

(1) Alusión á la reina Isabel de Inglaterra.

¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata á mí. Me dijiste que se habían refugiado ocultamente en este bosque, y he-me aquí, como un loco, porque no puedo encontrar-me con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA.—Vos me atraéis, imán de corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder, y yo no tendré el de seguiros.

DEMETRIO.—¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿O antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.—Y aun por eso mismo os amo más. Soy vuestro sabueso; y cuanto más me golpeáis, Demetrio, mas os acariciaré. Tratadme como á vuestro sabueso; echadme, dadme golpes, descuidadme, abandonadme: pero permitid tan sólo que, á pesar de no ser digna de vos, pueda seguiros. ¿Qué puesto más humilde puedo implorar en vuestro afecto (y sin embargo lo estimo muy alto) que el de ser tratada como tratáis á vuestro perro?

DEMETRIO.—No tientes demasiado la aversión de mi alma; porque sólo el verte me llena de disgusto.

ELENA.—Y á mí me llena de disgusto el no mirarte.

DEMETRIO.—Demasiado acusáis vuestra modestia abandonando la ciudad, entregándoos en manos de quien no os ama, sin desconfiar de la oportunidad de la noche ni del mal consejo de un lugar desierto, mientras lleváis el tesoro de la virginidad.

ELENA.—Me sirve de escudo vuestra virtud. Para mí no es noche cuando veo vuestro rostro, y así no me parece que estamos en la noche. Ni falta á este bosque un mundo de sociedad, pues para mí vos solo sois todo el mundo. ¿Cómo decir, pues, que estoy sola, si todo el mundo está aquí para verme?

DEMETRIO.—Huiré de ti y me ocultaré en las breñas y te dejaré á merced de las fieras,

ELENA.—La más feroz no tiene un corazón como el vuestro. Huíd adonde queráis: se habrán trocado

los papeles de la historia: Apolo huye y Dafne le da caza: la tórtola persigue al milano: la mansa cierva se apresura á atrapar al tigre. ¡Inútil prisa cuando es la cobardía quien persigue y el valor el que huye!

DEMETRIO.—No quiero discusiones contigo. Déjame ir: ó si me sigues, ten por seguro que te haré algún mal en el bosque.

ELENA.—Sí, en el templo, en la ciudad, en el campo, me hacéis mal. ¡Qué vergüenza. Demetrio! Vuestras ofensas tienen escandalizado á mi sexo. Nosotras no podemos combatir, como podrían los hombres, por amor. No fuimos hechas para conquistar sino para ser conquistadas. Te seguiré, y haciendo de un infierno un cielo, moriré por la mano que amo tanto.

(Salen Demetrio y Elena).

OBERÓN.—Vé con Dios, ninfa. Antes de que abandone esta espesura, tú huirás de él y él buscará tú amor. (*Vuelve á entrar Puck.*) ¿Traes ahí la flor? Bienvenido, peregrino.

PUCK.—Sí: hela aquí.

OBERÓN.—Te ruego que me la des. Conozco un barranco donde crece el tomillo silvestre y se balancea la violeta junto á las primuláceas, sombreado por madresevas, fragantes rosas y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, arrullada en esas flores con danzas y regocijos; y allí se despoja la serpiente de su esmaltada piel, bastante ancha para servir de vestidura á una hada. Inundaré sus ojos con el jugo de esta flor, y quedará llena de odiosas fantasías. Toma tú un poco de este jugo y busca en el bosque. Hay una dulce niña ateniense que ama á un desdeñoso joven. Vierte el bálsamo en los ojos de éste; pero hazlo cuando sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense de que está vestido. Haz todo esto con la debida precaución, á fin de que resulte quedar el más apa-

sionado de ella, que ésta de aquél. Y cuida de encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.—Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito hará lo que decís.

(*Salen.*)

ESCENA III

Otra parte del bosque

Entra TITANIA con su séquito.

TITANIA.—¡Ea! bailemos y cantemos, y en seguida, por un tercio de minuto, alejaos: unas á matar al gusano en los olorosos capullos de las rosas, otras á hacer guerra á los murciélagos por sus alas barnizadas, para hacer las ropas de mis pequeños duendes; y algunas á mantener alejado el buho chillón que se azora á la vista de nuestros espíritus y turba la noche con sus gritos. Cantad al són para dormirme; luego cada cual á su faena, y dejadme reposar.

CANTO

- 1.^a HADA. Bilingües sierpes manchadas
y erizos, no os dejéis ver.
Orvetos y lagartijas
á la reina no toquéis.
- CORO. Los trinos del ruiseñor
arrullen su sueño en paz,
magias, hechizos, ni mal.

II

- 2.^a HADA. Las arañas tejedoras
ténganse lejos de aquí,

y el oscuro escarabajo
y el empolvado reptil.

—

CORO. Los trinos del ruiseñor, etc.

—

1.^a HADA. Partamos. Que á nuestro dueño
una sola vele el sueño.

—

(Salen las hadas. Titania duerme.—Entra Oberón).

OBERÓN.—Lo que veas al despertar (*Exprime la flor en los párpados de Titania.*) esto sea tu verdadero amor. Ama y languidece por ello; ya sea onza, gato, oso, leopardo, ó cerdoso berraco, ha de aparecer á tus ojos cuando despiertes, como digno de ser amado. Y despierta cuando esté cerca algún objeto vil.

(Sale.—Entran Lisandro y Hermia).

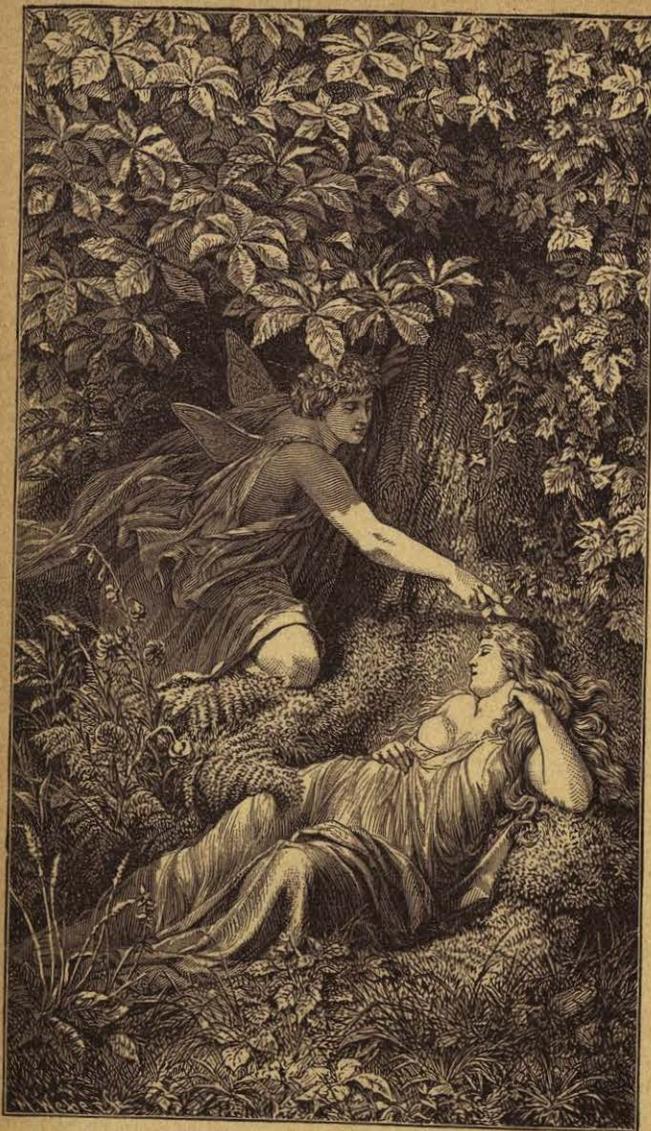
LISANDRO.—Amor mío, estáis á punto de desmayaros á fuerza de peregrinar en el bosque; y á decir verdad, he perdido el camino. Descansemos, Hermia, si os parece bien, y aguardemos la luz del día.

HERMIA.—Sea, Lisandro. Buscad un lecho para vos, que yo reclinaré mi cabeza sobre este banco.

LISANDRO.—El mismo hacecillo de yerbas servirá de almohada á los dos. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA.—No, buen Lisandro, amado mío. Por amor á mí, yaced á más distancia, no tan cerca.

LISANDRO.—¡Oh! Comprended, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. En los coloquios de amor, el amor percibe el intento. Quiero decir que mi corazón está ligado al vuestro, de modo que ambos solo pueden ser uno: dos pechos unidos por un



OBERÓN.—*Lo que veas al despertar, esto sea tu verdadero amor*

mismo juramento, no son sino dos pechos y una sola fe. No me niegues, pues, un lecho á tu lado; porque descansando junto á ti, no sueño en traiciones (1).

HERMIA.—Lisandro habla con ingeniosa agudeza; habría ofendido mi educación y mi orgullo, si hubiese pensado mal de Lisandro. Pero, por amor y por cortesía yaced un tanto más lejos, gentil amigo mío. En la modestia humana semejante separación es lo que corresponde á un honrado soltero y á una doncella. Así, alejaos, y buenas noches, dulce amigo. Nunca se mude tu amor hasta el fin de tu vida.

LISANDRO.—Y yo digo, amén, amén, á esa dulce plegaria. Que mi vida acabe donde concluya mi lealtad. He aquí mi lecho. Que te brinde el sueño toda su paz.

HERMIA.—Con la mitad de ese deseo, cerraría contenta los párpados. (Duermen.—Entra Puck).

PUCK.—He recorrido el bosque; pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar el poder del jugo de esta flor para suscitar una pasión. ¡Noche y silencio! ¿Quién hay allí? Lleva vestidos de Atenas. Este, á lo que dijo mi señor, es aquel que menosprecia á la virgen ateniense. Y he aquí á la pobre doncella dormida profundamente sobre la tierra húmeda y sucia. ¡Pobre paloma! ¡No se atreve á acostarse junto á ese desalmado y descortés villano! Sobre tus ojos vierto todo el poder de este encanto; que cuando despiertes, el amor no te deje cerrar los ojos; y despierta tan luego como me haya ido, pues tengo de volver donde Oberón.

(Sale.—Entran Demetrio y Elena, corriendo).

ELENA.—Detente, aunque me matas, dulce Demetrio.

DEMETRIO.—Te exijo que te alejes y no me persigas así.

ELENA.—¡Oh amado mío! ¿me abandonarías? No, no lo hagas.

(1) Hay aquí un juego de palabras intraducible.

DEMETRIO.—Detente, ó te mato; quiero ir solo.

(Sale Demetrio.)

ELENA.—¡Ah! Estoy sin aliento por esta caza de afecto! Cuánto más ardiente mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, donde quiera que se halle, porque tiene ojos bendecidos y seductores. ¿Qué es lo que les da tanto brillo? No las acerbos lágrimas; que á ser así, mis ojos, que han llorado más, estarían más brillantes que los suyos. No, no. Soy fea como un oso; porque las bestias que me encuentran huyen amedrentadas. No es maravilla que Demetrio, como de un monstruo, huya de mi presencia. ¿Qué engañoso y maligno espejo pudo hacerme comparar con los ojos de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? Lisandro! En el suelo! ¿Está muerto ó dormido? Pero no veo sangre, ni herida. Lisandro, buen caballero, si estáis vivo, despertad!

LISANDRO (*Despertando*).—Y por tu dulce amor que arrojaré al fuego! Transparente Elena! La naturaleza en ti despliega su arte; pues al través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿En dónde está Demetrio? ¡Oh! Y cuán bien le estaría morir al filo de mi espada!

ELENA.—No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame á Hermia? ¿Qué? A despecho de él Hermia os ama. Debéis estar contento.

LISANDRO.—¡Contento con Hermia? No! Me arrepiento de los fastidiosos instantes que he pasado con ella. No á Hermia, á Elena es á quien amo. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre es guiada por su razón, y la razón me dice que sois más digna doncella que Hermia. Nada puede madurar antes de su estación, y yo, siendo tan joven, no he podido madurar á la razón sino desde este momento; someto ahora mi voluntad á mi razón, y esta me guía hacia vos. Leo en vuestros ojos amorosas historias como escritas en el más rico libro del amor.

ELENA.—Ah! ¿Y he nacido para sufrir tan cruel

mofa? ¿Cuándo he podido merecer que me despreciéis de este modo? ¿No basta, oh joven, no basta que yo jamás haya alcanzado, no, ni siquiera pueda alcanzar una mirada afectuosa de Demetrio, sino que además habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad me hacéis agravio; á fe que me lo hacéis en cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós. Debo confesar que os creía dotado de más verdadera gentileza. Dios mío! Que una mujer, por ser rechazada por un hombre, tenga que ser insultada por otro!

(Sale.)

LISANDRO.—No ve á Hermia. Oh, tú, Hermia, duerme allí y jamás vuelvas á acercarte á Lisandro! Pues así como el exceso de golosinas trae al estómago la mayor náusea y fatiga; ó como las herejías que los hombres abandonan, por nadie son tan odiadas como por los que sufrieron su engaño; así tú, exceso y herejía mía, sé odiada más que todo; y aun más por mí que por otro alguno! Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor á honrar á Elena, y á ser su caballero!

(Sale.)

HERMIA.—(*Levantándose.*) ¡Socorro, Lisandro, socorro! Haz cuanto puedas para arrancar esta serpiente que se arrastra sobre mi pecho! ¡Oh, por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! Mira, Lisandro, como todavía tiemblo de pavor! Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú, sentado, te reías de su cruel voracidad. Lisandro, ¿qué! ¿no está aquí! Lisandro ¡oh Dios! ¿ido? ¿Ni al alcance de la voz? ¿ido? ¿sin una palabra, sin un signo? ¡Habla, amor de los amores! Habla, si me escuchas. ¿No? Pues ya veo bien que estás lejos, fuerza será correr á ti ó á la muerte.

(Sale.)